

entre diez y once de la mañana, como hemos dicho, tomándolo de Sandoval, que señala con tanta puntualidad el caso; y aquel mismo dia salieron todos los embajadores para Poza de la Sal, custodiados por tropas de la guardia del Emperador, llegando la comitiva aquella noche á Villaverde, y al dia siguiente, 23 de Enero, al lugar diputado para confinamiento temporal de aquellos ilustres personajes.

XVI.

Navajero estuvo en Poza hasta el 19 de Mayo, habiendo llegado ántes la licencia del Emperador para que pudieran marchar los embajadores, porque tuvo nuevas, estando en Madrid, y ántes de partir para Valencia, de que el nuestro, acreditado en Francia, habia llegado á Bayona. Quéjase Navajero del rigor con que fueron tratados él y sus compañeros por el César; mas teniendo en cuenta el proceder felónico del rey Francisco, y el no más leal del de Inglaterra, del Papa y de los venecianos, la precaucion de retener en España á sus representantes hasta que estuviesen en salvo los de España, era medida aconsejada por la prudencia. Más razon tendria sin duda el orador veneciano para quejarse de las incomodidades que sufriera en Poza, pues en aquella region y en aquella época no debian estar en uso los regalos que eran comunes en las refinadas ciudades de Italia, y más que en otra al-

guna, en la rica y floreciente reina del Adriático. Carlos V obró en esta ocasion, como de ordinario, con espíritu de justicia y hasta con magnanimidad, pues no aguardó á que su embajador en Francia entrase en las tierras de su señorío, sino que cuando supo que habia llegado á Bayona, dió orden para que dejáran en libertad á todos los embajadores de la Liga.

Recibida esta orden, Navajero se dirigió á Francia atravesando el país vasco, pudiendo decirse que fué el primer extranjero que se ha ocupado del lenguaje que se habla en aquella region, y aunque lo hace brevísimamente, es cosa que admira la perspicacia con que procedió á formar acerca de este punto una opinion sostenida en nuestro siglo por Humboldt y por casi todos los que se han dedicado al estudio de los problemas etnográficos y lingüísticos que ofrecen ese país y esa raza tan dignos de atencion, por lo mismo que son una singularidad propia de nuestra nacion, de que participa algun tanto la vecina Francia. El embajador veneciano afirma, con gran exactitud, que el vascuence no tiene nada de comun ni con el habla de Castilla ni con ninguna de las que él sabía; y hoy, que este ramo de los conocimientos humanos está más extendido y estudiado, puede asegurarse que su parte material y lexiológica le es peculiar, hasta el punto de que no pueden encontrarse analogías con sus raíces y palabras en ninguna lengua conocida. Claro es que en esta introduccion no podemos tratar de propósito las cuestiones que se refieren á la raza y

á la lengua vascongadas estudiadas por Garibay, por Echave, por Ostorloa, por Larramendi, y en nuestros dias por Humboldt, por Bladel, por el príncipe Bonaparte, y recientemente por el Sr. Rodriguez-Ferrer y por el Sr. Cánovas del Castillo en la erudita introducción que ha puesto al libro titulado *Los vascongados, su país, su lengua, y el príncipe L. L. Bonaparte*. Sobre esta materia, y como en resúmen, sólo podemos decir que la raza vascongada, que ofrece caractéres propios y distintivos, pertenece al tipo caucasiano, y que su idioma puede comprenderse en ese *caput mortum* de las clasificaciones lingüísticas, que se conoce bajo el nombre de lenguas de aglutinacion, porque en ellas los elementos de cada palabra están simplemente unidos sin modificacion alguna en su estructura y sonido. Ya se sabe que estas lenguas no forman una verdadera familia, como las aryanas y semíticas, porque ni tienen una gramática comun, ni existe un glosario del que puedan considerarse derivadas sus palabras simples ó ya aglutinadas. La opinion de Navajero, que consiste en afirmar que el vascuence sería la lengua primitiva de España, es, como ya hemos dicho, muy probable, entendiéndola en el sentido de que debió ser un idioma general en la Península ántes de la invasion céltica, y de las ménos extensas de fenicios y cartagineses. Los nombres de lugares que conservan raíces ó algun vestigio del vascuence en diferentes regiones de España, son pruebas significativas de lo verosímil de esta opinion. Y, por otra parte, como las lenguas

aglutinantes representan en realidad el segundo período de la evolucion de la palabra humana, y puede considerarse propio y peculiar de un período del desenvolvimiento del espíritu, que es el que tenían, por ejemplo, la mayor parte de las tribus americanas en la época de su descubrimiento y conquista, puede admitirse como una hipótesis probable que, antes de la invasion céltica, España estaria habitada por grupos humanos que hablaban lenguas de aglutinacion muy análogas, por razon de la vecindad de los que las usaban, y muy parecidas al vascuence actual, del que existen aún en nuestros dias tres ó cuatro variantes, que pueden considerarse como dialectos de un solo idioma. Los nombres que los geógrafos é historiadores romanos nos han conservado de las várias tribus que poblaban á España es casi el único vestigio que nos queda de aquel período, por el cual han atravesado todos los países que ahora ostentan una civilizacion muy adelantada, habiendo todavía muchos que no han salido de ese momento de la evolucion humana, como los naturales de la Australia y otros que aún permanecen en esa etapa del progreso, á cuya ley sólo está, á lo que parece, sometida la parte más noble de nuestra especie.

El mismo carácter de exactitud tienen todas las demas observaciones que hace Navajero respecto á la naturaleza, á las costumbres, á la agricultura y á las otras industrias que vió en las Provincias Vascongadas, haciendo mencion en su Itinerario de los grandes plantíos de manzanos que sirven para

hacer la sidra; de los de fresnos, que se aplicaban entónces á labrar las astas de las picas, describiendo el gran número de peces, así de agua dulce como de mar, en que aquella region abunda, y no olvidando, por supuesto, las minas de hierro de Vizcaya, que son todavía hoy el principal origen de su riqueza, y que ya daban productos que valian al año ochocientos mil ducados.

Nota asimismo Navajero la exuberante poblacion del país vasco, y habla de las pretensiones nobiliarias de sus habitantes, afirmando, no con mucha exactitud, que toda la grandeza castellana tuvo allí su origen; así lo han sostenido sin duda los escritores vascongados; pero los castellanos se han burlado con frecuencia de ellos, y Tirso, en su comedia *La Prudencia en la mujer*, pone en boca del infante D. Enrique los siguientes versos dirigidos á D. Diego de Haro:

« Vos, caballero pobre, cuyo estado
Cuatro silvestres son toscos y rudos
Montes de hierro para el vil arado,
Hidalgos por Adan, como él desnudos,
A donde en vez de Baco, sazonados
Manzanos llenos de groseros ñudos
Dan mosto insulso, siendo silla rica,
En vez de trono, el árbol de Garnica.

.

Tambien toca Navajero la cuestion todavía tan controvertida, que consiste en averiguar si el país vasco era ó no parte de la antigua Cantabria, diciendo que unos están por la afirmativa y otros

sostienen que son y siempre fueron cosas distintas la Vasconia y la Cantabria. En nuestra opinion es claro que cuando España estaba dividida en numerosas tribus, de cuya existencia apénas tenemos más noticias que la de sus nombres, conservados por los geógrafos griegos y latinos, vascones y cántabros, eran grupos distintos; y lo que no se puede negar es que desde que ambos pueblos aparecen en la historia, sus vicisitudes han sido totalmente diversas. Navajero hace mencion especial de las grandes virtudes militares del pueblo vasco, diciendo que de él han salido los más famosos soldados de España, en lo que hay notable exageracion, pues los capitanes que más se habian distinguido hasta entónces en Italia y los que ya empezaban á señalarse en América, vieron la primera luz en otras regiones de la península. Más exacto sería atribuir esta superioridad á sus marinos, aunque tambien han producido ilustres navegantes, que pueden competir con los vascongados, Galicia y Andalucía, de donde eran naturales casi todos los compañeros de Colon en su primer viaje.

Entró Navajero en Francia pasando el Bidasoa, y llegó á Hendaya el 30 de Mayo de 1528. En este tiempo las cosas del Emperador iban por camino de perdicion en Italia; el ejército que tomó y saqueó á Roma se habia disuelto por la indisciplina, y los que lo formaban habian muerto en su mayor parte de la pestilencia que, al par del hambre, reinaba en aquella península; el mariscal de Lautrech, al frente de las tropas de la Liga,

habia obtenido importantes victorias por sí ó por medio de sus tenientes, apoderándose de Génova y de la mayor parte de la Lombardía; sosteniéndose solo en Milan, haciendo prodigios de valor y de pericia el gran Antonio de Leiva; el Papa, faltando á las capitulaciones que firmó en Roma, se habia acogido bajo la proteccion de los franceses, y éstos habian llegado triunfantes, atravesando sin obstáculo toda Italia, á poner cerco á Nápoles, en cuyos mares habia sido derrotado y muerto el vi-
rey D. Hugo de Moncada.

Pero las enormes faltas políticas cometidas por Francisco I hicieron infecundas aquellas victorias; su mal proceder con los genoveses, y especialmente con el ilustre patricio Andrea Doria, obligó á éste á abandonar el servicio de Francia, y rescatando de la tiranía de los franceses á Génova, puso al fin esta República bajo la proteccion del Emperador. Miéntras tanto el ejército frances estaba abandonado y sin recursos en el cerco de Nápoles, donde murió Lautrech, no tanto de la peste como de la pena de ver malogrados sus triunfos. Los españoles consiguieron el premio de su perseverancia, que es la gran virtud de sus soldados, y el 28 de Agosto de este mismo año de 1528 salieron de Nápoles bajo las órdenes del príncipe de Orange; y destruyendo totalmente al ejército frances, cambió desde entónces la fortuna del Emperador, que volvió de nuevo á ser el árbitro de Italia, donde usó de su victoria con una moderacion que no han podido desconocer ni ocultar aún los más envidio-

sos de sus glorias, pues respetó á los príncipes que contra él se habian coaligado, dejándoles en la posesion de sus tierras, é hizo paces con Clemente VII, para éste ventajosísimas, aunque las guardó poco tiempo, no obstante sus protestas de adhesion y reconocimiento cuando se avistó con el César, á quien coronó en Bolonia en el siguiente año de 1529.

El 8 de Mayo de este mismo año murió Navajero en Blois, adonde habia seguido á la córte de Francisco I, cerca del cual habia sido nombrado embajador de la Señoría tan íntima aliada de Francia en la guerra contra el Emperador. Antes de morir arrojó al fuego, segun dicen sus biógrafos, un discurso que habia escrito sobre la muerte de Catalina Cornaro, reina de Chipre; un poema latino en dos cantos *De venatione*, otro *De fine orbis*, y su historia de Venecia, para la cual se habia propuesto por modelo la elegante sencillez que se ostenta en los comentarios de César.

Era Navajero tan amigo del campo y de la agricultura, como se muestra en las cartas que de él publicamos, y movido por esta pasion, aclimató en su país muchas plantas que envió de nuestra patria y algunas de las que nuevamente habian venido de las Indias occidentales, objeto entónces de la atencion y del estudio de todos los hombres doctos de Europa, y señaladamente de los italianos, que contaban entre sus hijos al gran descubridor del Nuevo Continente.

Antes de venir á España Navajero, en un viaje

que hizo á Roma, donde residió algun tiempo, contrajo amistad estrecha con Bembo, gran encomiador del vulgar italiano, y con Sadoletto, ambos literatos muy famosos en su tiempo, y cuyos nombres honra la posteridad. Los consejos y ayuda de Navajero alentaron al célebre impresor Aldo Manucio en las contrariedades de su profesion, y para este efecto dirigió las ediciones de Ciceron, de Terencio, de Lucrecio, de Virgilio, de Horacio, de Tíbulo, de Ovidio y de Quintiliano, hechas por este impresor habilísimo. Las variantes de Ovidio y los prefacios de las oraciones de Ciceron que hizo Navajero se publicaron aparte. Las demas obras suyas que se conservan son las oraciones fúnebres escritas en latin en loor de Alviano, general de Venecia, y del Dux Loredano; sus viajes por España y Francia, y las cartas á Ramusio en su lengua nativa, y algunos epigramas y epístolas latinas. Imitó Navajero la delicadeza é ingenio de Catulo, y dicen que todos los años quemaba, en honor de este poeta, un ejemplar de las obras de Marcial. Fracastoro, insigne médico y literato de la época de Navajero, dió testimonio de la amistad y consideracion que á éste profesaba, en el diálogo titulado *Naugerius sive de poetica*. Por último, los hermanos Volpi hicieron en 1718 una edicion espléndida de las obras que quedan de nuestro embajador en casa de Josef Comino, impresor de Padua, habiéndose publicado otra más modesta en Venecia en la tipografía remondiniana el año 1754. En ambas ediciones precede á las obras un largo es-

critico biográfico y crítico de dichos hermanos, sobre Navajero y su tiempo, en el cual se exhorta á la juventud italiana á que imite en el estudio de las humanas letras á sus ilustres antepasados de los siglos xv y xvi, que tan alto pusieron en estas materias el nombre de Italia.

Tales son las noticias preliminares que hemos creido conveniente dar á nuestros lectores acerca de los escritos que ahora se publican por vez primera en nuestra lengua. Habiamos pensado completarlas con una bibliografía de los viajes hechos por España en los siglos décimoquinto, décimosexto y décimoséptimo, pero esto hubiera alargado mucho esta Introduccion, ya extensísima, y tal vez tengamos ocasion de dar al público estos curiosos datos, si, como deseamos, imprimimos más adelante otros viajes, pues nos mueve el propósito de contribuir por este medio á que se forme idea exacta de España en épocas anteriores y que tanto han influido en la presente.

ANTONIO MARÍA FABIÉ.

PROLOGO

VIAJE DE JORGE EHINGEN.

VIAJE DE JORGE EHINGEN.



PRÓLOGO.

EL manuscrito sobre los viajes de Jorge Ehingen, que publicamos á continuacion, se halla en la Biblioteca pública de Hesse con la signatura: *Hist nr 141 4.º* Está escrito en papel, por una mano torpe, á fines del siglo xv, y tiene 63 páginas. Á la conclusion hay nueve hojas de pergamino con los retratos en miniatura de los Reyes que Jorge Ehingen visitó en sus viajes; al principio de la tercera de estas hojas se lee la siguiente noticia: «Item, estas figuras de Reyes iluminadas se mandaron hacer por el Caballero Jorge de Ehingen, pues vió á todos personalmente en el año del nacimiento de Cristo 1450 y iiiij. = 1455.» Los nombres y dignidades de los Reyes se hallan en la parte inferior de las imágenes con letras grandes en el orden y términos que siguen: «(1.º) Ladislao, por la gracia de Dios, Rey de Hungría y de Bohemia, Duque de Austria, Margrave de Merhen. (2.º) Cár-

los, por la gracia de Dios, Rey de Francia. (3.º) Enrique, por la gracia de Dios, Rey de Castilla y de Leon, Toledo, Galicia, Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaen, Algarve, Algeciras; Señor de Vizcaya y de Molina. (4.º) Enrique, por la gracia de Dios, Rey de Inglaterra y de Francia, Señor de Irlanda. (5.º) Alfonso, por la gracia de Dios, Rey de Portugal y del Algarve, Señor de Ceuta y de Algogiro. (6.º) Felipe, por la gracia de Dios, Rey de Chipre. (7.º) Renato, por la gracia de Dios, Rey de Sicilia y Duque de Calabria. (8.º) Juan, por la gracia de Dios, Rey de Navarra y de Aragon, Duque de Viana y de Momblanc, Conde de Ribagorza, Señor de la ciudad de Balaguer. (9.º) Jacobo, por la gracia de Dios, Rey de Escocia.»

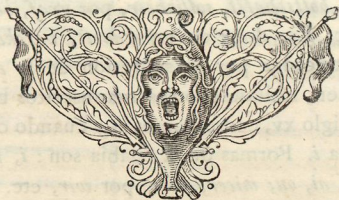
La antigua impresion de este opúsculo es muy inexacta y defectuosa, y se ha hecho ademas tan rara, que su reimpression no necesita defensa, pues la sencilla y verídica narracion que contiene agradará de seguro á todo lector imparcial.

Las razones que se han tenido en cuenta para hacer está reimpression las expondrémos en este lugar en pocas palabras. Hubiese sido tan cómodo como fácil copiar al pié de la letra el manuscrito; pero la verdad es que pocos lectores nos lo hubiesen agradecido. No son suficientes en nuestra época exactas reimpressiones de antiguos monumentos, y con razon se exige al editor mayor trabajo que ántes, esto es, que haga lo posible por subsanar las faltas cometidas, quitando obstáculos para que sea fácil al lector disfrutar el placer de recorrer-

las tranquilamente y sin tropiezo alguno que lo detenga. Quien ha tenido ocasion de manejar manuscritos de fines del siglo xv y principios del xvi, no necesita que nos extendamos en estas consideraciones y de esa fecha es justamente la escritura de éste. Los defectos importantes y extraños de la manera de escribir de esa época, son casi los mismos en todos. Formas como, *vundt, alluzo, glügckb, geschickgtt*, por *und, also, glück, geschickt*, etc., que en éste aparecen con exceso, no deben ya escribirse. Por tanto, si por las razones indicadas, tan excesivos aditamentos pueden suprimirse sin escrúpulo y sin peligro, no sucede lo mismo con todo aquello que distingue especialmente la época, ó que es propio y característico del dialecto de la Suabia, que á todo trance merece ser prudentemente conservado; así, *graff, bottschafft, sollichesr*, por *graf, botschaft, solche*, etc. Las dos *t* en *verordnett, verckett*, etc., están justificadas por la supresion de la *e* muda. Así tambien, imitando otros manuscritos bien hechos del siglo xv, conservamos la *y* cuando ocupa el lugar de la *i*. Formas de la Suabia son : *i, ie, á, ó*, por *ü, üe, ai, ou; micer, mier*, por *wir*, etc. El manuscrito ademas usa distintas formas para escribir las mismas palabras, y de aquí que se encuentren *iber, mäster, zachen, erloben, mir*, etc., al lado de *über, maister, zaichen, erlauben, wir*. No era prudente introducir una rigurosa uniformidad, porque esas variaciones ortográficas son dignas de estudio, y no se trata ahora de publicar una edicion crítica. Llama, sin embargo, la atencion el uso de

la *h* en *berloben*, *berfasen*, particularidad que no es peculiar del dialecto de Suabia, sino más bien del de la Turingia ó Bajo Rin. La parte del texto que se restablece, se señala de esta manera (), y las palabras y letras supérfluas con esta otra figura cuadrada [].

Dirémos, por último, para terminar, que las notas y explicaciones sobre las palabras extrañas y pasajes oscuros no tienen más objeto que facilitar la inteligencia del texto á los lectores poco familiarizados con el antiguo lenguaje.





BURCARDO DE EHINGEN,

EL DE LA TRENZA.

HÉ aquí la causa de que se le llame el de la Trenza: sirvió á un Duque de Austria en el país Oriental, que creó una órden de Caballería, que se distinguia por una trenza; porque una bella señora se la habia cortado, entregándosela como recuerdo, y en honor de esa misma señora, creó una Órden de Caballería con ese nombre. Este Burcardo de Ehingen llevó consigo esa Orden del Austria á la Suabia. Sabiendo antes que habia estallado una gran guerra entre su señor y las ciudades, que antes le obedecian en la Suabia, pidió permiso á su Príncipe de Austria para pasar á su país, y llegó á la córte del conde Everardo de Wurtemberg que se llamaba Griner. Despues de

haberle servido largo tiempo, su señor no le pagó sus deudas, ni su sueldo, ni los trajes y caballos, ni le indemnizó de los perjuicios sufridos por su causa, etc. Ocurrió en este mismo año, esto es, en el de 1388, que los cabezas de las ciudades, con un ejército de muchos soldados, recorrieron el país del conde Everardo, por lo cual levantó éste todas las fuerzas posibles, y salió á su encuentro y peleó con ellos junto á Wyl, en las alturas de Tefingen, y hubo gran batalla combatiendo todos con valor, y ganándola el conde Everardo, aunque murió uno de sus hijos y muchos caballeros de la nobleza. Burcardo de Ehingen, el de la Trenza, hizo prisioneros en esa batalla á dos magnates de las ciudades, llamado el uno Rapenhew de Wyll, el cual, segun se dijo, habia sublevado la ciudad de este nombre; y otro de Norlingen, llamado Spiess, y los llevó á su castillo, de Frundeke; por rescate obtuvo de ellos todo lo que le debia el conde Everardo, y para salvarles la vida, los envió al mismo Conde con el recibo de lo percibido, y despues el Conde citado rescató todavía de ambos caballeros 1.500 monedas de oro.

Item, Burcardo de Ehingen, el de la Trenza, murió á manos de los caballeros de Zorn, en Wylen, más abajo del mismo Zorn, en

una escaramuza, cuando Otinger, un conde de Zorn así llamado, atacó el Señorío de Hohenperg á sangre y fuego, y Burcardo de Ehingen, el de la Trenza, guardaba en rehenes la antigua villa de Ehingen, Rotemburgo la vieja y algunas aldeas del Señorío de Hohenperg, en el año de 1407. Su mujer fué la señora Lukgartesin de Ichlingen.

Item, dejó dos hijos, llamado el uno Guelfo de Ehingen, servidor del duque Ernesto de Austria, que murió en Viena en el año de 1425 entre los dos dias de Nuestra Señora, y yace suntuosamente sepultado.

Item, el otro hijo llamado Rudolfo de Ehingen fué escudero del muy noble Conde de Zily. Este fué el padre de Jorge Ehingen, y su esposa se llamó Ines de Haimertingen. Despues que estuvo largo tiempo al servicio del rey Segismundo y del Conde de Zily, en Hungría, y de haber recorrido otros países, fué llamado por su primo Hugo de Ehingen, que residia en Entringen, el cual no habia tenido hijo alguno de su esposa Ines de Gulttingen y le dijo que él sería el heredero de todos sus bienes, y que así mejoraria de suerte, percibiendo cada año 300 monedas de oro, rogándole al mismo tiempo que se estableciese en aquel país, en donde habia nacido, y que contrajese matrimonio, pues habitaba tambien

allí un noble muy honrado, que tenía tres bellas hijas, muy bien criadas y de buenas costumbres, y que solicitase con ese objeto á cualquiera de las tres. Así lo hizo casándose con Ines de Haimertingen, y falleciendo el viejo Hugo de Ehingen en el año 1417.

Item, en este tiempo y despues habitaron juntos en el castillo de Entringen cinco nobles con sus esposas legítimas. Vivieron amigable y pacíficamente, y tuvieron cien hijos. Item, el Sr. Juan de Halffingen, caballero, y la Sra. N. de Nipemburg engendraron veinte. Item, Rudolfo de Ehingen y la Sra. Ines de Haimertingen diez y nueve. Item, Merck de Halffingen y la Sra. Ursula de Buoven Hofen, diez y nueve. Item, N. de Hailffingen y la Sra. Kavin, veintiuno. Item, N. de Gultingen y la Sra. N., veintiuno.

Cuando el citado Rudolfo de Ehingen, en el año referido, vino á Suabia de Hungría y Austria, trajo consigo muchas riquezas, caballos de guerra, alhajas y vestidos, y fué nombrado en seguida consejero y servidor de la Sra. Hainrytin, noble Condesa de Minapelgart, y Gobernadora de todo el país de Wurtemberg. Despues, cuando murió su hermano Guelfo de Ehingen, que estaba al servicio del duque Ernesto de Austria, trajo de allí muchas riquezas, corceles, alhajas, pieles y vestidos, y

como en ese tiempo, en la Suabia, no habia costumbre ni utilidad alguna en usar de tales riquezas, las envió á Francfort y las vendió en precio de 1.500 ducados de oro, y volvió otra vez á su país y con sus amigos, pues, en su juventud, habia servido en países extraños, y peleado en distintas guerras y sufrido muchos trabajos.

Item, Jorge de Ehingen, caballero, sobrevivió á todos éstos noventa y nueve niños, y murió el último de todos.

Item, despues hubo dos señores de Wurtemberg, hijos de la Sra. Enriqueta, llamados el conde Luis y el conde Ulrico, que se repartieron el país, gobernando cada uno los dominios que le habian tocado en suerte. Entónces fué tambien Rudolfo de Ehingen consejero y servidor del conde Luis.

Item, cuando despues de largo tiempo murió el conde Luis, dejó un hijo llamado el conde Everardo, que fué luégo el primer Duque de Wurtemberg. En el año de 1455 ocurrieron algunos disturbios á causa de la minoría del conde Everardo; fué confiada su guarda á Rudolfo de Ehingen y ambos se encerraron en el castillo de Trevingen. Cuando despues de algun tiempo se apaciguó aquel tumulto, se encargó á Rudolfo de Ehingen, con otros nobles, del consejo y direccion del con-

de Everardo, el cual lo amaba mucho, considerándolo siempre como á uno de sus consejeros más distinguidos, y de sus más fieles servidores.

Item, este Rudolfo de Ehingen fué un hombre muy cristiano, elocuente y entendido. Personalmente era de buenas formas y proporciones. Contribuyó á edificar muchas iglesias y á reparar y reconstruir fundaciones y fincas de sus abuelos ya fallecidos. Pasó muchas penalidades con los comunes, los prelados, los condes y nobles; fué muy tolerante: siempre que tomaba algun negocio á su cargo lo llevaba generalmente á buen término. Por todas estas cualidades fué en su tiempo muy querido y respetado.

Item, habia pasado muchas fatigas y penalidades desde su juventud, y despues, durante largo tiempo, así en su patria como en el extranjero; tenía cuatro hijos crecidos legítimos; su esposa habia muerto hacía mucho tiempo al dar á luz su hijo décimonono, y despues todos sus hijos fallecieron, ménos los cuatro referidos, que eran Diepoldo, Burcardo, Guelfo y el Sr. Jorge; vivió más de treinta años viudo, por la razon indicada. Como sus hijos ya referidos tenían alguna experiencia, y habian llegado á la edad de la juventud, parecióle conveniente dejarles todos sus bienes tempo-

rales, y distribuirlos entre ellos, y consagrarse despues exclusivamente hasta su fallecimiento al servicio de Dios Todopoderoso, y separarse completamente de las cosas de este mundo.

Y así en el año de Nuestro Señor Jesucristo, 1459, distribuyó sus castillos, pueblos, vasallos y bienes, entre sus cuatro hijos ya mencionados, á los cuales habia congregado con anticipacion, habiendo dado ántes al Sr. Jorge, para que se armase caballero, mil ducados, como parte principal de su herencia, de los cuales le habia ya entregado cincuenta en Wurtemberg. Despues de haber hecho esta reparicion, les comunicó su propósito. Hizo tambien su testamento y dejó arreglado todo lo relativo á su muerte y al aniversario de ella, y ántes, con mucha anticipacion, habia hecho una manda á la ciudad de Trevingen, y así cuando murió se distribuyeron doscientos vestidos á los pobres, para que se remediasen con ellos, en esta forma: cien capuchones de hombre y cien sombreros y ciento de mujeres; los herederos quedaron obligados á entregarlos á quienes se destinaban, y despues lo que tuviesen á bien, en todos los días aniversario de su fallecimiento.

Item, despues de disponer todas estas cosas, en compañía de sus cuatro hijos, cabalgó hácia el sepulcro de la Bienaventurada Vír-

gen, llamada Halwiga, que descansa en un monasterio, denominado Gasslingen, no léjos de Rotwyl, que ha hecho muchos milagros. Manifestó á sus hijos que queria visitar á la Bienaventurada Vírgen Halwiga, y despedirse de ella, por haber sido parienta suya. Despues se encaminó con sus citados hijos á la antigua ciudad de Ehingen, á orillas del Necker, á un monasterio edificado por él, é hizo celebrar una misa solemne. Desde allí, siempre con sus hijos, se dirigió á Killperg, cerca de su castillo, y al claustro de Cartujos, denominado Gietelstain. No volvió más á su castillo de Killperg, que quedó en poder de sus hijos, ni despues, en todo el tiempo que vivió, regresó jamas á él.

Item, cuando llegó á Gietelstain y á la Cartuja (en donde con anticipacion habia preparado su alojamiento, y el de un servidor suyo, ayuda de cámara y palafranero) se despidió de sus hijos, dándoles muy razonables consejos sobre su futuro comportamiento con Dios Todopoderoso y con el mundo en todas sus acciones y pensamientos.

Item, allí permaneció hasta su muerte en compañía de tan santos padres. No volvió á comer carne, y con la mayor formalidad, celo y devocion asistió dia y noche á la iglesia en todas las horas en que se leia ó se cantaba

algo; y, si bien no vistió el traje de los monjes, se condujo en todo lo demas á imitacion de un cartujo verdadero, como se probó y celebró muchas veces por los padres, así durante su vida como despues de su muerte.

Item, pidió á sus hijos que en todas sus cuitas no despreciasen sus leales consejos, y que tambien lo visitasen, cuyo deseo, miéntras vivió, fué por ellos fielmente cumplido, estimando todos sobremanera tales consejos, y siéndoles muy provechosos.

Item, como entre todos sus hijos era Jorge el preferido, visitóle éste con frecuencia, y cuando estaba próximo el dia de su muerte fué á verlo el Sr. Jorge; y como por estar ya moribundo y ser su padre lo asistió con tanta asiduidad como celo, díjole éste una vez, cuando su muerte estaba ya próxima, lo siguiente: «Querido hijo, Sr. Jorge: mucho trabajo y fatiga teneis conmigo y esto me entristece.» A lo cual contestó el Sr. Jorge: «Querido padre, hágolo con la mejor voluntad, y por consiguiente no hay motivo para afligirse.» El padre le replicó: «Querido hijo, yo quiero concederos, ya que sé que sois aficionado á viajar, que cumplais vuestra voluntad, pues habeis asistido á vuestro padre hasta la hora de su muerte. Acércase mi última hora; siempre he pedido al Señor Dios Todopoderoso que,

pues he empleado mis rentas y bienes en ensalzarlo y cumplir sus divinos preceptos, me concediese vivir tantos años y tantos dias como vivió San Juan el Bienaventurado Apóstol y Evangelista sobre la haz de esta tierra. Y el Señor Dios me ha concedido esta súplica. Estoy ya preparado á morir contento y á separarme de este siglo.» Y comenzó á morir en seguida, y se apagó como una luz. Habia tambien dispuesto, cuando entró en el convento, que despues de muerto se le depositase ante su propia cama, y así se hizo, y allí fué amortajado, y trajéronse los cirios y luces que habian de alumbrarlo despues de muerto, y tambien dispuso que su cuerpo fuese llevado luégo y sepultado en Entringen, en donde hacía ya tiempo existia el sepulcro que habia hecho construir.

Y su cadáver fué llevado allá, y sepultado con gran pompa y solemnidad, en el año de 1467, dia de San Galo. ¡Que Dios Todopoderoso haya concedido su gracia y misericordia á él y á todas las almas sin pecado!

Yo, Jorge de Ehingen, caballero, fuí en mi juventud enviado á la córte de Inspruck en clase de paje. Algunas veces tenía tambien allí su córte un príncipe de Austria, jóven,